

CESAR ALONSO DE LOS RIOS



A SIMÓN LE QUERÍAMOS todos. Era el PCE de aquí. Y la cárcel. Nada tenía que ver con el estalinismo, como no tenían que ver los 100.000 militantes que se habían ido incorporando en los últimos diez años. Era un colectivo por las libertades.

Este PCE es el que había hecho posible que Dolores Ibarruri fuera un mito y que había salvado a Santiago Carrillo de las acusaciones por su participación en la Guerra Civil. También es cierto que éste había sabido estar a la altura de las circunstancias, al mantener el perfil independiente del PCE frente a los soviéticos y al defender teóricamente en su libro *Eurocomunismo y Estado* una concepción de partido no leninista.

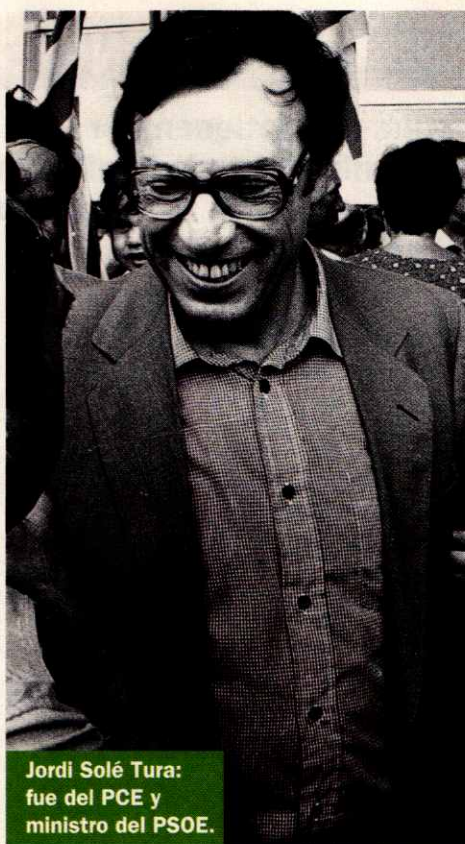
Entonces, ¿por qué se derrumbó ese PCE en tan poco tiempo, entre el 1979 y 1982, antes de que cayera el muro de Berlín?

La verdad es que a partir de la legalización y una vez iniciada la transición democrática, el PCE perdió la condición hegemónica que había mantenido en el franquismo dentro de la izquierda, tanto en el plano cultural como en el político y sindical. Pero, a pesar de esa pérdida representativa, en las segundas elecciones generales todavía subió al 10 por ciento. La procesión iba por dentro, como veremos enseguida, e inmediatamente, iba a desgarrarse en su interior.

La sangría de figuras conocidas empezó en el mismo 1979: comenzaron a pasarse al PSOE Eugenio Triana, Mario Trinidad, Alfredo Tejero... y al año siguiente salió Ramón Tamames y poco después, a causa de una iniciativa de fusión de Euskadiko Ezkerra y el PCE del País Vasco, fueron expulsados una serie de dirigentes, algunos de los cuales eran miembros del comité ejecutivo (Manuel Azcarate, Pilar Bravo, Carlos Alonso Zaldívar...).

En el congreso de 1980, que se celebró en un cine de Cuatro Caminos, en Madrid, Carrillo sacó poco más de la mitad de los votos y hubiera podido perder la votación de su informe si una delegación importante le hubiera retirado el apoyo. En todo caso, la sangría de decenas de dirigentes nacionales y locales y de miles de militantes había sido tal que Carrillo terminó siendo eliminado democráticamente y montando un partido testimonial.

El minero Gerardo Iglesias, hoy propietario de un restaurante en Gijón (Asturias), gestionó con cierta dignidad el de-



Jordi Solé Tura: fue del PCE y ministro del PSOE.



ELIO BUGALLO

Por qué Nos Fu

La sangría a partir de 1979 de figuras conocidas, el descrédito de los referentes comunistas, el socialismo real y los vicios internos fueron las causas de que el Partido Comunista se derrumbara antes de que cayera el Muro de Berlín



Alonso de los Ríos: se fue del PCE en 1980.

sastre y hay que reconocer el mérito de Julio Anguita, ex alcalde de Córdoba, al proponer una fórmula de formación suprapartidaria que permitía la supervivencia del PCE.

Desde la máxima discreción política, casi clandestina, ese PCE redivivo y septuagenario sigue controlando la tercera fuerza política española. Anguita

ha impedido la desaparición de las siglas, aun después de la caída del muro de Berlín y cuando ni siquiera existen ya en Italia. Votado casi plebiscitariamente en el último congreso de Izquierda Unida, cuenta con la fidelidad de la formación vertebradora de la coalición.

La sociedad española podía entender fácilmente la destrucción de la Unión de Centro Democrático (UCD), pero no así la de un partido viejo y férreamente disciplinado. Se fue imponiendo la tesis del

oportunismo: engancharse al tren del PSOE. Desde el propio PCE se lanzaba ese mensaje. Primero lo dijo Carrillo, luego se lo dirían a él. Lo dijo Jordi Solé Tura, enseguida se lo reprocharon a él. Lo repitió Enrique Curiel y se lo repitieron a él.

Sin embargo, la destrucción del PCE se debió a causas más profundas: el descrédito total de los referentes comunistas, del socialismo real y la capacidad del sistema democrático para resolver sus crisis con eficacia y con respeto a las libertades. Pero al margen de la influencia del marco general, el PCE decayó a causa de sus vicios internos, estructurales, en buena manera poco conocidos.

Carrillo, que nunca se había creído la ruptura democrática más que como amenaza para ser legalizado, necesitaba un partido decidido a aspirar al poder y, por tanto, a seguir las reglas del juego. La transición exigía mucho realismo: aban-

EL SUEÑO SIGUE VIVO

«¡Que me detienen por comunista, ayudadme!», gritó Simón Sánchez Montero, libro vivo de la historia del PCE, cuando fue detenido por primera vez en 1945



TODA UNA VIDA EN LA CLANDESTINIDAD y 15 años de cárcel no han logrado mover de sus ideas a este legendario camarada cuyo nombre es pronunciado con la admiración del mito por todos los comunistas españoles. Hoy asiste como un oyente a las reuniones del PCE. Pero cuando Simón Sánchez Montero, 79 años, entra en la sede del partido, es tratado por sus camaradas con el respeto y admiración que este viejo combatiente se ha ganado en una vida entera de lucha contra la dictadura. La guerra, la clandestinidad, la cárcel, los viajes secretos a las reuniones del partido en el exilio...

cos Ana, que pasó 23 años en prisión.

Los años minan las esperanzas. Franco no cae. La crisis en el PCE llega en 1956, cuando España ingresa en las Naciones Unidas y el grupo de Dolores Ibarruri lo rechaza. Carrillo defiende en *Mundo Obrero* la reconciliación nacional: «No podíamos seguir pidiendo lo mismo que en 1939. Había que devolver la democracia, sin excluir a nadie y sin fijarnos tanto en la República perdida». Fue nombrado secretario general.

El poder absoluto de Carrillo en el PCE ha sido el principal valor de su supervivencia, pero esa misma estructura ha sembrado el camino de camaradas que lo han abandonado o han sido expulsados. Las de Fernando Claudín y Jorge Semprún han sido de las más traumáticas.

El PCE alimenta las movilizaciones obreras de finales de los 50 y estudiantes en los 60. Esta actividad cuajará en la creación de las Comisiones Obreras. La primera vez que se utilizó ese nombre fue en Asturias en 1956. Se reprodujeron por todo el país para las negociaciones laborales.

Hay más afiliados, sobre todo tras la condena del PCE a la invasión de Checoslovaquia por el Pacto de Varsovia en 1968. Eso provoca las iras de Moscú, que alienta la escisión de Enrique Lister. Del PCE salen *chinos* y leninistas.

En julio de 1970 los comunistas logran que el congreso de abogados de León pida la amnistía y la supresión de los Tribunales de Orden Público. Eso desemboca en el estado de excepción. Jaime Sartorius, abogado, recuerda: «Vivíamos intensamente los estados de excepción, la supresión de las garantías, se torturaba en demasía... Los 17 años que estuve en el PCE fue la etapa más rica de mi vida, a pesar de que salí escaldado».

Franco murió el 20 de noviembre de 1975, dejando las cárceles españolas llenas de comunistas, que no las abandonaron hasta la amnistía. Santiago Carrillo llegó a España en 1976, oculto bajo su peluca, y el sábado santo de 1977 era legalizado el PCE.



Cartel del PCE durante la Guerra Civil española.

P. En 75 años han cambiado mucho las cosas. ¿Ha cambiado el comunismo?

R. Han cambiado los tiempos, pero el sueño comunista sigue vivo. Ya no se puede hacer la revolución de aquella manera, con guerras, sino democráticamente. Pero las ideas y el convencimiento son los de siempre.

P. ¿Cómo recuerda aquel PCE de la República y la Guerra Civil?

R. En las primeras elecciones de la República voté a los socialistas, pero cuando empezó la guerra no dudé en hacerme comunista, ellos eran los únicos que hacían lo que decían. Los socialistas eran muy redichos y, a la hora de trabajar, los que se mojaban eran los comunistas. Lo que definía a los comunistas era la juventud, el ímpetu revolucionario. En el PCE de entonces, tener 40 años ya era ser viejo.

P. ¿Dónde adquirió esas ideas?

R. Lenin dice que el obrero tiende a la teoría como las plantas a la luz. A mí me pasó lo mismo. Cuando vine de mi pueblo, en Toledo, a Madrid llegué pensando que la miseria sólo existía en los pueblos. Pero vi que no, que en todo el mundo había desigualdad y explotación. Luego mis ideas se afianzaron cuando empecé a leer panfletos de Marx, de Lenin, cuando leía la revista de la Internacional comunista, el *Leviatan*... Recuerdo que siempre iba por la calle con un librito en la mano. Todas aquellas lecturas y ver la miseria que había en España, fueron las que me hicieron comunista.

P. Pero se acabó la guerra y aquellas ideas se hicieron ilegales en España. Usted siguió luchando por ellas.

R. Sí, sin dudar. Cuando Franco ganó, pidió a todos los que habíamos tenido algún cargo político en la guerra que saliéramos a la luz y nos registráramos. Yo había sido comisario de un batallón, pero el mismo día de acabar la guerra opté por seguir luchando en la clandestinidad. Sabía que era el camino más difícil, pero lo veía claro, no tenía duda.

P. Y vino el ocultamiento, la cárcel...

R. No me pillaron hasta 1945. El día que me detuvieron en la calle fui gritando a la gente: ¡Que me detienen por comunista, ayudadme! En los dos consejos de guerra que me hicieron, no negué mis ideas. Podrían haberme fusilado.

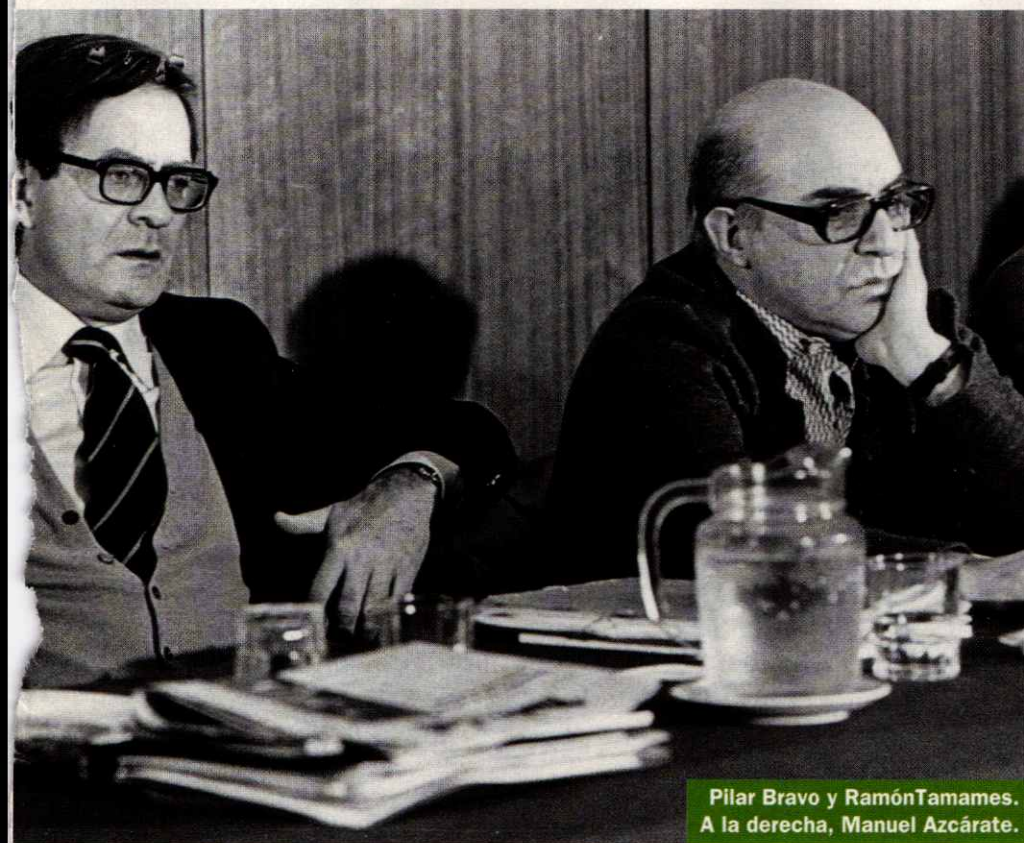
P. ¿Deseó alguna vez convertirse en mártir del comunismo?

R. Jamás. He querido vivir con mis ideas, y eso era imposible sin enfrentarse a Franco. Habría vivido más cómodo en el franquismo si hubiese renunciado a ellas, pero sería un amargado.

P. ¿Está conforme con la trayectoria vivida por el comunismo internacional?

R. Siento rubor por lo que ha ocurrido en el Este. Es terrible para mí, era una dictadura sin libertad, mientras que el eurocomunismo que pedía el PCE pasaba por la democracia. No creo que ese fracaso sea el fin del socialismo. No concibo que los ideales de tanta gente puedan terminar así.

Juan Fernández



Pilar Bravo y Ramón Tamames.
A la derecha, Manuel Azcárate.

los dos partidos: el tradicional, religioso, obrerista y el nuevo, laico, más brillante. Era un pulso apenas perceptible por la sociedad, pero que crecía y se ampliaba también a Comisiones Obreras, que había adquirido una autoridad y un prestigio peligroso para Carrillo.

Marcelino Camacho era por entonces un insobornable independiente a quien en dos ocasiones —según me contó— habían querido expulsar del partido: en Argelia y en la cárcel de Segovia, a causa de una huelga de hambre considerada impolítica.

El comienzo de la guerra entre los dos partidos tiene su fecha: las elecciones del secretario general del País Valenciano. El triunfo de Ernest García (renovador) sobre Antonio Palomares (carrillista), significó la caída en desgracia de Pilar Bravo. El segundo momento se dio en Cataluña, cuando Carrillo impone sus hombres a los *banderas rojas* (Solé Tura, Jordi Borja) y a los *leninistas* (Ribó, Claret, Montalbán...).

Pero junto a esta lucha por controlar el *aparato*, la dirección del PCE ideó otra forma de dominio del colectivo de militantes: fue la llamada *territorialización*, un terrible término que se invocaba como un objetivo mágico y que no era sino un modo de romper el dinamismo y la radicalidad que traía el PCE desde el franquismo.

En efecto, durante el franquismo el Partido Comunista venía funcionando por organizaciones, entre las que sobresalían las de profesionales (abogados, arquitectos, periodistas...). En éstas se vivía una tensión rupturista y radical que Santiago Carrillo necesitaba romper. Se las liquidó al pasar a la fórmula territorial, en la que Eduardo Mangada, es un ejemplo, tenía que militar con un pasante de notaría (con perdón).

Desactivada la vida partidaria y sometido el partido a una oligarquía que había perdido la imaginación del antifranquismo, el PCE ofrecía ya poco: ni ruptura, ni carrera política, ni capacidad de control del proceso democrático. Perdió ese aura de personas de prestigio, al tiempo que se derrumbaba el socialismo real y ya se podía mirar de frente a la historia:

los análisis sobre los PC, sobre los crímenes del estalinismo, antes rechazados como productos de la Guerra Fría o como bazas para el enemigo franquista...

Desde hace tiempo, la sociedad española ha dejado de tener información sobre la vida del PCE, a no ser por su expresión en IU. ¿Se identifica totalmente con ésta o piensa en su resurrección con el mismo cuerpo y alma que tuvo? ■

Carrillo terminó eliminado por votación y montando un partido testimonial

donar las ilusiones revolucionarias o al menos el objetivo de un Estado democrático avanzado. Y para ello necesitaba contar con la fidelidad total del *aparato* y con la debilitación de las estructuras autónomas del PCE.

Así que Carrillo, que había preconizado un partido democrático para la sociedad, seguía defendiendo un partido muy jerarquizado y fiel en su interior. Fiel a él.

Justo un par de días antes de que se celebrara la famosa rueda de prensa clandestina ante un centenar de periodistas españoles y extranjeros, Carrillo publicó un artículo en *Mundo Obrero* en el que bajaba los humos al comité de Madrid, que dirigía Víctor Díaz Cardiel. Les venía a recordar que los *héroes* de la resistencia eran *sus* hombres.

Era el aterrizaje de la dirección del exilio en España, un derecho adquirido. La sacralización de estos hombres (algunos, inteligentes y sensibles, como Federico Melchor, pero no así otros), impidió que se les pusiera en entredicho.

Así comenzó la tensa convivencia de



Enrique Curiel, que fuera «delfín» de Santiago Carrillo, ahora es diputado socialista.

imos del PCE

Los jóvenes comunistas españoles siguen fielmente el catecismo marxista. Mientras haya pocos ricos y muchos pobres, este pensamiento será para ellos su mayor compromiso

FATIMA RAMIREZ
Fotos: ALEX PUYOL



TIENEN PINTA DE PROGRES de los años 60. Se diría que su imagen necesita un reciclado urgente, si no fuera porque ellos se apresuran en contestar que quien lo necesita verdaderamente es la sociedad.

Los jóvenes de la Unión de Jóvenes Comunistas de España (UJCE) viven al margen de modas y maquillajes. Tienen una fe ciega en la filosofía de la vida que han elegido e idolatran apasionadamente a sus líderes morales, desde Marx hasta Fidel Castro, pasando por Julio Anguita.

Hablan con naturalidad de sus *camaradas* y utilizan la terminología marxista como si el tiempo no hubiera transcurrido. Carlos Vázquez, secretario general de esta organización juvenil, que cuenta con 26.500 afiliados en España de edades comprendidas entre 14 y 30 años, según sus propios datos, lo explica:

—Llamar a las cosas por su nombre aporta claridad. Tal vez nuestro discurso no sea moderno. Pero a nosotros tampoco nos parece moderno que un niño muera en el mundo cada cinco minutos, tener la tasa de analfabetismo más elevada de Europa, los contratos-basura o el millón de familias que no viven de un salario, sino de subsidios. El lenguaje y las cosas caducan cuando ya no son útiles.

Aseguran los organizadores de la UJCE que van recuperando poder de convocatoria. El desencanto de la política, que en los últimos años ha hecho prosperar las organizaciones sociales en detrimento de los partidos, es anecdótico, en opinión de Vázquez:

—La gente se preocupa no por altruismo, sino porque la realidad le atosiga y se empieza por lo más cercano: el instituto, una asociación de barrio, el movimiento feminista o ecologista, etcétera. Y cuando te das cuenta de que no son hechos aislados, te comprometes políticamente. Los militantes de las Juventudes

Los cachorros del PCE idolatran a Marx, Castro y Anguita

Comunistas aportan esa visión global de la realidad, todo está interconectado. Somos una organización política y social.

Para estos jóvenes, el fracaso de los países del Este no son motivo de desánimo. «Eran socialistas y había menos comunistas de los que parecía», se apresura a decir Vázquez y a marcar distancias:

—Nos ha enriquecido mucho el contacto con los partidos comunistas de otros países, pero nunca nos hemos casado con ningún referente, no hemos tenido

ataduras formales.

Mikel Hernández, responsable de Formación Política en la UJCE, defiende la vigencia del comunismo: «Después de la caída del muro de Berlín, desescombramos y nos dimos cuenta de que las contradicciones seguían siendo las mismas. Nos encontramos con la misma realidad,

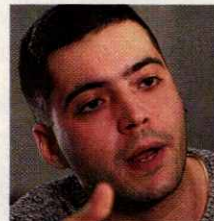
que hay que cambiar».

Cuesta creer que Carlos y Mikel vivan en el mismo mundo que los protagonistas de la serie norteamericana *Sensación de vivir*: la primera diferencia es que para los *camaradas* el principal problema no es encontrar aparcamiento o que se haya agotado la pila de la *motorola*. ■



SOMOS COMU

CARLOS VAZQUEZ



Sevillano, 24 años. Estudiante de Derecho. Milita en la UJCE desde 1984. Secretario general desde noviembre de 1993.

El número uno de la UJCE se crió junto a un polígono industrial sevillano entre las movilizaciones obreras y la angustia de las familias cada mañana por saber si tendrían o no trabajo. «Uno toma conciencia de lo que pasa y decide hacer política para cambiar su entorno. Y lo hace en la organización que representa los intereses de su clase, en mi caso, la clase obrera». A los 14 años ya

quiso afiliarse al PCE. Su precocidad iba moldeando su madera de líder. Cree en lo que hace y defiende al partido contra viento y marea: «En el PCE y en Izquierda Unida se lleva la democracia hasta tal punto, que se puede caer en la *democratitis*. Ser capaz de conjugar la participación de la base hasta el proyecto colectivo, que es el último objetivo, no es nada fácil pero lo conseguimos».